todos le siguieran cuando de ellos se alejaba. Sentían su amor y la superior elevación de su ser. Las ciudades terminaron sus guerras civiles. El abrazo unió a la nobleza y al pueblo. Un nuevo espíritu lo envolvía todo.

¡Qué curioso era este hombre! Todos los estados se adhirieron a él, incluso los ladrones de peor fama. Cuento de hadas parece el hecho que leemos en el viejo libro «Florecillas». El hermano Angelo rechazó en cierta ocasión, en forma grosera, dos ladrones de mala fama que pedían limosna a la puerta del monasterio, despidiéndolos sin acceder a la súplica. — «¡Fuera de aquí la maldad! ¡No aparezcáis jamás por estos lugares!» Así había respondido, y creyendo haber obrado bien refirió sus palabras al Santo, que precisamente acababa de llegar después de haber hecho un recorrido buscando limosnas, con un saco de pan y un jarrito de vino. Francisco censuró enérgicamente el comportamiento de Angelo, diciéndole que había obrado sin caridad alguna: «Los pecadores

pueden ser reducidos a Dios, más bien que por la dura censura, por medio de la santa dulzura. Por eso dice nuestro divino Maestro, cuyo evangelio hemos prometido seguir, que no los sanos, sino los enfermos, necesitan el auxilio de los médicos, y que no había venido a nosotros para atraer a la penitencia a los justos, sino a los pecadores.» Por eso también, había cenado con ellos tan frecuentemente.

«En penitencia del pecado que contra los santos evangelios has cometido, te ordeno que, en el acto, tomes este cesto con pan y este jarro de vino, que he recogido pidiendo limosna, y corras de prisa tras los demandantes, por montes y valles, hasta alcanzarlos. Cuando lo consigas, les ofrecerás en nombre mío este pan y este vino, te postrarás de rodillas ante ellos, y devotamente, confesarás tu culpable rigor. Les suplicarás, en nombre mío que, en adelante, no cometan pecado alguno; que teman a Dios y que no ofendan a su prójimo. Si acceden

a cambiar de vida, promételes que me ocuparé de sus necesidades físicas y les daré, en adelante, la manutención que precisen. Cuando hayas terminado mi encargo, vuelve, y reza». Mientras el hermano guardián, ya lejos, ejecutaba las disposiciones de Francisco, éste se abismó en meditaciones y rezos, suplicando la intercesión de Dios en favor de tales bandidos y que les convirtiese a la penitencia. El obediente guardián les ofreció el pan y el vino, obrando de acuerdo con las órdenes de San Francisco. Como tal era la voluntad de Dios, aquellos bandidos decían, mientras consumían la limosna del Santo: «Ah, desdichados e infortunados de nosotros! ¡Cuán horribles deben de ser los tormentos que nos esperan en el infierno, pues sólo nos ocupamos de vagabundear, robar, maltratar y herir a nuestro prójimo, y a pesar de tales maldades, ni sentimos remordimientos de conciencia ni tenemos temor a Dios! Este santo hermano ha venido, humilde, a nosotros, a causa de algunas palabras que le arrancó nuestra maldad; humillándose, nos ha confesado su sentimiento y nos ha traído pan y vino y la promesa del santo padre. Verdaderamente, son santos de Dios, merecedores del paraíso. Nosotros, en cambio, somos dignos de la condenación eterna y sólo merecemos los rigores del infierno. . .»

Tales y parecidas palabras se decían entrambos. Cada vez sus corazones fueron apenándose más, y su voluntad dulcificándose, hasta que juntos visitaron a San Francisco y se declararon dispuestos para la penitencia. El los aceptó a todos en su Orden, donde murieron con la muerte de varones justos después de una vida llena de penitencia.

Aquí se inicia un heroísmo de virtud que apaga el fulgor de todos los caminos recorridos por los varones santos y que a la vez aparece lleno de sencillez, deslumbrador de esplendor, amable de cariño. Francisco levanta su vuelo por las alturas,

pero sin cesar en su constante contacto con los hombres y conservando con ellos una saludable comunicación. De su ser brota el brillo de las elevadas montañas reflejándose en los valles de los hombres y esparciendo en su derredor destellos luminosos. Quiere permanecer con los hombres, hermanos suyos. Cuando desde el observatorio de su vida llegaba a saber que cerca de Italia había una tierra aún no bendecida por Jesucristo, nada era bastante fuerte para detenerle en Umbría. Atravesando el Sur de Francia y España, llegó a Marruecos, con el fin de convertir a los musulmanes y para morir como mártir. Pero Dios había dispuesto de su vida en otro sentido. A su regreso, Francisco se dedicó a sus muchos hermanos, todos ellos necesitados, y a todos dió como ejemplo heroico, el de su propia vida.

Pero cuanto más le abrasaba su fuego interno, tanto más deseaba su descanso en Dios y tanto más anhelaba la tranquilidad en su seno. Entregando la dirección de la

Orden a manos de otros hermanos suyos, siguió su íntimo impulso y se entregó a una vida absolutamente dedicada a la salvación de su alma. En las tranquilas alturas de Alverna transcurren desde esa época las horas más benditas de su vida. Allí platica con árboles y bosques, con los huertos, las flores y los pajaritos del Santo Dios; allí canta su beatífico amor por selvas y peñas. Allí se sumerge en largas y profundas meditaciones hasta que un día mereció recibir las llagas del crucifijo. Corría el 14 de Septiembre de 1224. Estaba transformado, realmente, en la imagen de Jesucristo. Pocas semanas debería ya de pertenecer a la tierra, pero aquellos fueron sus días de más profunda paz. Su frente tocaba el cielo. ¡Que tan alta la había elevado la divina gracia!

El sábado, 3 de Octubre de 1226, su hermosa alma volaba a las divinas alturas, mientras sus hermanos entonaban el «Canto al Sol» de su padre. . .

Meditando, pensando, el hombre moderno

se encontrará ante extraordinaria y grata visión, y las cabezas jóvenes se preguntarán sorprendidas: ¿Debía de ser tal el resultado de la vida de la Orden, siendo así que el camino de San Francisco puede conducir también a otros a las tranquilas alturas donde viven hermanados el amor a Dios, la alegría y la paz?

«¡Que la paz sea con todos los perseverantes de la Orden!»

Eternamente armonioso.

Se ha dicho, y no sin razón, que su vida fué un canto inmortal. Los santos varones que dieron cuerpo a las grandes concepciones religiosas, no murieron cuando de ellos se apoderó la tierra. Sus genios caminaron tras el mundo, envueltos en el hábito de la inmortalidad, despertando por todas partes almas dormidas y encendiendo corazones. Sus hechos, sus palabras, sus sufrimientos, se condensarán siempre en nuevos cantos que perdurarán eternamente a través de los siglos.

Una canción de gesta fué la vida de San Francisco. ¿Era, acaso, justo, olvidar tras las finas y suaves líneas de su vida terrena el áspero hábito, la escasa comida, y la pobre

vivienda? Recorría la senda de la penitencia, en duros combates consigo mismo, apoyado en su inexorable naturaleza, hollando con sus pies la imagen del mundo, que con férrea voluntad intentaba atraerle, y se dirigía al *más allá,* carente de encantos materiales, luchando en favor de los descarriados hombres terrenales. En el suelo de su propia patria luchaba con la armadura de Pablo, con su fe, para conquistar el nuevo país del genio eterno. Canción de gesta fué su vida, y reunió en derredor suyo, en todos los siglos, a los héroes de la penitencia. ¿Quién dejaría de oír tan enérgicas canciones? Resonaron en los palacios, en las fortalezas, en las casas de los ciudadanos, en las chozas de los pobres. Una interminable muchedumbre recorría, tras él, el amplio camino lleno de espinas que conduce a la cúspide de las virtudes sublimes.

Pero la canción no era ni áspera ni terrible, sino dulce y cariñosa, porque la canción del héroe era un canto de amor.

Con dificultad se encontrarían poetas líricos capaces de conquistar los corazones con semejante arrebatadora vehemencia. Hechos son más fuertes que palabras, y la canción de vida que se basa en el fraternal amor de un hombre es más sólida que la canción compuesta por palabras desparramadas por el arte. Francisco cantaba, — y en eso el viejo Górres ha visto con justeza — como un trovador enviado por Dios, la canción de amor, del amor de hermanos y criaturas que rodean el mundo.

Elevado, soberanamente elevado, era ese sonido tan claro y perceptible que infundía, a un mismo tiempo, consuelo y brío. Siempre, cuando el hambre, y la desnudez, y los dolores del corazón, y la discordia, y las enfermedades, y la muerte, recorren la tierra enseñoreándose de ella, los hombres escuchan al santo hermano Francisco y oyen atentos su palabra salvadora, tanto en nuestros días como en los tiempos de Dante y del Petrarca. Setecientos años han pasado desde

la muerte de San Francisco, y aún continúan los ojos del mundo posándose en él; aún existen proféticas cabezas que vean en él la encarnación del nuevo hombre durante tanto tiempo esperado, que pone un puente entre las clases sociales y que da amor. Ya, antes de la guerra, cuando aún en las capitales brillaba la falta de misericordia propia del exceso de cultura, un Rainer Maria Rilke caminaba envuelto en meditaciones e indignación a través de la amplitud de luz fría y cegadora de las calles. El contraste entre la riqueza y la pobreza hirió su alma. Ante sus investigadores ojos de poeta se presentaba el vacío del alma y los valores creadores de la pobreza, y cantaba, y entonaba un himno en loor de los pobres y en homenaje del ser más enamorado de la pobreza, el Santo Hermano Francisco.

«¡Oh! ¿dónde hallarle, aquel a quien pobreza
«y devoción, con tiempo, fuerte hicieron?
«¿que despojado de lujosos trajes
«desnudo se presenta ante el Obispo?

«¡El más afable era, y cariñoso
«que entre todos vivió, cual primavera
«el hermano moreno de las aves
«cuya mirada era una caricia
«y un encanto su estancia en este mundo!
«No era un hastiado de terrena vida
«de aquellos que se apagan lentamente;
«como a hermanitas, a las tiernas flores
«dirigía sus frases en los prados.
«Y habló de su persona; y cómo haría
«para que a todos su voz les alegrara;
«predicó sin cansancio de su cuerpo
«sin pensar en sutiles distracciones.
«Su fulgor aumentó con luz intensa
«y en su celda reinaba la alegría.

— — — — — — — — — —

«¡Oh! ¿dónde hallar al Claro, ausente hoy?
«¿Por qué no le hablan los jóvenes alegres,
«los pobres, que le esperan no muy lejos?
«¿Por qué no acude mirando sus crepúsculos
«de pobreza la estrella de occidente?

Cuanto más inquietos son los tiempos, cuanto más altas ascienden las olas de la

vida social, con mayores clamores exige el mundo la vuelta de Francisco. Es la suya una imagen muy agitada que Winkler nos ha descrito en los años de la guerra para alumbrar la situación de los tiempos. Hacen de él, al Santo, una montaña elevada, y estando en su cima, cubierto por el hábito, que flota al viento, Francisco mira hacia los montes, las llanuras y el horizonte. Desde la Mañana (este) el Mediodía (sur) y la Noche, (oeste) acuden hacia él aves con grandes alas: el cóndor, la grulla, el flamenco, el águila, el buitre, mensajeros todos. hienas, de los campos de batalla, volando en bandadas en su derredor, y graznando:

«Llegamos del combate . . .
«Llegamos del combate . . .

Toda la divina armonía que Francisco, amante de sus hermanos, contempló en el siglo XIII, en los campos de su país, está destruida y, con lágrimas en los ojos, dice:

«¿Dónde estáis, mis hermanos
«del cielo y de la tierra? Un grito humano
«surge de las estrellas, delirante. . .
«¡Oh florecillas! Tímidas hermanas
«¡Oh corpulentos árboles, medrosos
«Valles floridos, no entiendo vuestras frases!
«Aves mías, ¿por qué amedrentadas
«Huís? Venid, decid, ¿qué fué?
«E Imperio divino, conquistado
«Por medio del amor, ya es perdido;
«Huí de los hombres, pero me acerqué a vosotras
«Devastado lo hallé todo, y destrozado al regresar.
«Volved a mí, avecillas, contad quejas
«Yo no me atrevo a preguntar la causa
«Flores y arbustos vi desarraigados;
«Suspirando los aires, con dolor.
«El mundo cercan demonios infernales.

«¡Oh, Cordero, que quitas los pecados del mundo!
«Escúchame, Jesús: ¡Te compadezco!

«En mi pena, a ti acudo, voy a tus brazos. .
«Te compadezco, mi divino Dios. . .

Las olas de la guerra descendieron como el mar, pero muy pronto se apretujaron en nuevo y espantoso flujo sacudiendo a Alemania en combates internos que corrompieron el pueblo. Entonces, soñador, contempló la playa de los tiempos, lanzó una mirada retrospectiva hacia los días de San Francisco, hacia el pobre hermano, que amaba a los hombres y que había hallado en Dios su tranquilidad y su dicha, y cantó:

«Mirando las brillantes lejanías
«Que se llaman Dios
«Era su corazón un genio alegre. . . .
«Su deseo fabrica áureas torres
«Donde amanece y anochece el sol.
«Cuidaba, tutelar, pobres y enfermos
«Que alegraba con juegos inocentes.
«Su beatitud pasó a la oscuridad
«Que cayó fulgurante

«Brillante,
«Bajo los ojos del Torrero Santo.

Siempre su esplendor fué suyo propio. Lo que Jacobo de Voragine refiere en su «Leyenda Aurea», acerca de la muerte y de la belleza del alma de San Francisco, es un corto resumen de las opiniones que hoy sustentan algunos circulos sociales sobre el *poverello*. Escribe:

«Y un hermano vió su alma como una estrella tan grande como la luna y tan brillante como el sol.»